



Profesionales ante la desigualdad

Apuntes para una reflexión
compartida



Comisión General **Profesionales Cristianos.**

Diciembre **2016**

Contenidos

Apuntes para una reflexión compartida	3
Origen y sentido de estos apuntes	3
Preliminares sobre los que volver... ..	3
Definición y contextualización de la desigualdad	4
Aproximación a la situación actual de la desigualdad en España	6
Causas y efectos de la desigualdad. Riesgos y oportunidades en una época de cambio	7
Dimensiones de la desigualdad en las profesiones	8
<i>Desigualdad y bienes internos de la profesión: dimensiones ética, política y relacional</i>	9
<i>Desigualdad y bienes externos de la profesión: dimensiones material y simbólica</i>	13
Palabras finales.....	16
BIBLIOGRAFÍA.....	18
CUESTIONARIO:.....	20

PROFESIONALES CRISTIANOS

Profesionales ante la Desigualdad

Apuntes para una reflexión compartida

Origen y sentido de estos apuntes

Desde Profesionales Cristianos asumimos el reto de trabajar los próximos tres años la *situación de desigualdad creciente que está experimentando nuestra sociedad*. Partimos de una premisa inicial: los profesionales somos agentes sociales y formamos parte de un sistema de desigualdad. Y ello es así, independientemente del grado de conciencia que tengamos. Por una parte, con nuestras prácticas profesionales -y sociales- contribuimos de un modo u otro a generar, mantener, agrandar o aminorar la desigualdad. Por otra, en nuestra vida profesional, como en la vida de cualquier otro agente social, también hace mella la desigualdad del sistema. Por tanto, los profesionales somos sujetos que podemos reproducir la desigualdad pero también padecerla.

Preliminares sobre los que volver...

Dicho lo anterior, haber optado y abordar ahora una cuestión como la desigualdad, supone un convencimiento seguramente experimentado por todos o casi todos. Se participe o no de la fe, pocos pondrían en discusión que hoy en día para muchísimos hombres y mujeres se hace cada vez más difícil vivir con dignidad. Que la alegría de simplemente existir, frecuentemente se apaga ante el empuje de crecientes y diversas inequidades (cf. EG 52, 55, 59). Un convencimiento que no solo se legitima en sí mismo, sino que se convierte en posibilidad para búsquedas y diálogos compartidos. En este caso entre la cultura y la fe, entre la racionalidad puramente humana y la que se abre al Misterio como sentido y salvación. Por lo tanto, nuestra opción, nos lanza a preocupaciones, búsquedas y diálogos: 'la diferencia es un hecho'; 'la igualdad un derecho cimentado sobre la dignidad'; 'la desigualdad una violación de la dignidad humana'.

En los tiempos que corren, tratar la desigualdad seguramente sea ineludible. Con todo, a la premisa aludida al principio de estos apuntes: 'los profesionales formamos parte de un sistema de desigualdad, pudiendo generarla, reproducirla o padecerla', debemos agregar la fe que compartimos, que no menoscaba la secular autonomía y seriedad con que debemos afrontar la complejidad de la vida, pero frente a la misma, sí hace que asumamos un

posicionamiento peculiar. Precisamente el de situarnos en un nivel radicalmente distinto, no por nuestros méritos, sino por sabernos sostenidos misericordiosamente por el Amor de Dios en el que nos movemos y existimos (cf. *Rm 8, 35-39; Hch 17, 28*). De este modo, la cuestión que sea (de cara a la tarea evangelizadora) tendrá que aprender a mantener un equilibrio armonioso entre la cooperación humana y la primacía de la Gracia. Entre el recurso a nuestras fuerzas y posibilidades y el dejar a Dios ser Dios. La fe nos permitirá articular adecuadamente la relación entre `diferencia, dignidad y desigualdad`, entre `justicia y Misericordia`.

¿Qué queremos decir con esto? Pues que en esta y en todas las etapas del camino, reflexiva y operativamente hay que tener en cuenta que nuestro punto de vista no es el de la *praxis* meramente humana, sino el de la fe. Y que aunque en principio abordemos la desigualdad en lo profesional desde dimensiones tan legítimas como lo ético, lo político, lo relacional y demás, es la fe la que termina por enmarcar dichas dimensiones. Fe que constantemente nos recuerda que ella no es una especie de apéndice final. De hecho, que la salvación se haya realizado por la cruz de Cristo, significa que la salvación (incluso la de la desigualdad) se realiza allí donde lo humano ha perdido toda su capacidad y autosuficiencia (López Azpitarte, 2003).

La tarea del Reino, como compromiso contra la desigualdad y sus raíces, requiere de recursos e instrumentos, de nuestros desempeños profesionales en tanto mediaciones humanas llamadas a colaborar con Dios. Pero existe el peligro de caer en el trabajo estéril y sin sentido si nuestro apoyo y esperanza lo buscamos al margen de Él. Nuestro compromiso y cooperación exigen, quedar transformados por una fuerza que nos descentre de nuestras preocupaciones: las puramente ideológicas. Nuestra vivencia del amor gratuito de Dios, evita que olvidemos la condición de pobreza e indigencia absoluta que tenemos frente al don de Dios (cf. *Lc, 18, 9 -14*), para ir creciendo hacia una fe adulta.

Definición y contextualización de la desigualdad

¿Cómo definimos la desigualdad? **La desigualdad es el resultado de las relaciones de poder que se dan en los diferentes ámbitos de la vida social. La manera como se configuran estas relaciones de poder conlleva distintos resultados en la plena participación de los bienes y derechos con los que cuenta una sociedad determinada.** Podemos encontrar una amplia variedad de relaciones que van desde las más horizontales e igualitarias hasta las más verticales y excluyentes.

Históricamente las sociedades han pasado por periodos donde los bienes estaban muy concentrados en unos pocos grupos sociales y estrechamente vinculados al estamento que ocupaban las personas de dichos grupos. Por lo general, correspondía a estamentos heredados (patricios, plebeyos y esclavos;

nobles y siervos, etc.), de tal manera que si una persona nacía 'pobre', lo más probable es que, a pesar de todos sus esfuerzos, muriese 'pobre'. En las sociedades modernas, bajo el sistema capitalista, y en el marco de las sociedades democráticas, empieza a existir un fenómeno llamado 'movilidad social', esto es, la posibilidad de cambiar de posición social. En estas sociedades ya no se habla de estamentos sino de clases o posiciones sociales. Las democracias occidentales, definidas como estados sociales de derecho (o de Bienestar), han intentado, con cierto éxito para una parte de la población, crear relaciones de poder más equilibradas que en los sistemas pre-modernos. De este modo, y bajo la noción de 'ciudadanía', se concibió colectivamente que el poder tendría que estar distribuido en la Nación, esto es, en el conjunto de ciudadanos libres e iguales de un Estado.

La democracia social ha intentado frenar los excesos de acumulación de poder de algunos grupos sociales (los herederos de la nobleza, las mafias o redes criminales, las familias poderosas, las redes de clientelismo, nepotismo y corrupción, etc.) y del afán de concentración ilimitado de algunas grandes corporaciones empresariales. Así mismo, a través de diversos dispositivos del Estado de Bienestar, se diseñaron mecanismos redistributivos para reducir la desigualdad que arrojaban la 'libertad de producción, mercado y consumo'. Es así como en España, la Salud, la Educación y los Servicios Sociales no se han dejado al libre mercado (como sí ha ocurrido con la vivienda o el suministro eléctrico) y se han definido como pilares del Bienestar, promotores de igualdad entre los ciudadanos. De este modo, las desigualdades generadas por el propio sistema se han ido compensando en aras de una mayor cohesión social y de la aminoración de la conflictividad entre posiciones sociales. No obstante, a pesar de que nunca ha habido tanta igualdad en las sociedades occidentales como en último cuarto del siglo XX, en estos momentos históricos acontecen serios síntomas para la preocupación por el repunte de la desigualdad social que puede posibilitar, a futuro, riesgos de fractura social.

En primer lugar, y a pesar de los avances de los Estados de Bienestar, no todas las personas han sido tratadas como iguales. Ha habido muchas que se han quedado por fuera del disfrute pleno de estos bienes y derechos. *La Declaración Universal de los Derechos Humanos* y las constituciones políticas han sido un marco que ha posibilitado un consenso sobre una serie de condiciones de vida dignas para toda la humanidad, si bien es necesario revisarlas y posibilitar un mayor grado de consecución real y efectiva de los derechos allí recogidos. En todo caso, y a pesar de ese marco jurídico y democrático, históricamente no ha sido lo mismo ser hombre que mujer, blanco que negro, heterosexual que homosexual, doctor o analfabeto,

nacional o extranjero, persona con o sin diversidad funcional¹. En segundo lugar, muchos de los logros conseguidos se están erosionando y restringiendo al interior de los Estados Nacionales produciendo un aumento de la desigualdad. En tercer lugar, ya no podemos circunscribir la desigualdad sólo a las Naciones y Estados, cuando observamos que la desigualdad afecta a toda la humanidad, a toda nuestra casa común (hambrunas, terrorismo, migraciones, refugiados, degradación ambiental,...).

Aproximación a la situación actual de la desigualdad en España

Son numerosos los estudios e informes que en los últimos años están dando cuenta del incremento de la desigualdad socioeconómica tanto en el contexto internacional como en nuestro país.

En España el modelo de desarrollo social basado en el crecimiento económico conlleva altos niveles de desigualdad salarial, una limitada capacidad redistributiva del sistema de impuestos y un sistema de prestaciones reducido, de escasa cobertura y con desigual implantación territorial. La crisis no ha afectado a todas las posiciones sociales por igual y las políticas de austeridad no han sido neutrales en términos redistributivos. En los últimos años de la crisis, el porcentaje de hogares afectados simultáneamente por problemas de privación material y de pobreza monetaria ha aumentado casi un 50%. Junto con esas debilidades de nuestro modelo, destacan algunas fortalezas, como la solidaridad familiar y las redes de ayuda, que han resistido aunque algo debilitadas el impacto de la crisis, así como las experiencias de intercambio y colaboración recíproca, que han recanalizado las energías asociativas y comunitarias (Lorenzo, 2014).

Los recientes datos oficiales sobre la situación de la pobreza y exclusión en España describen una situación ya esperada después de dos años de bajada del desempleo: una ligera reducción de la pobreza y la exclusión social. Sin embargo, esta escasa reducción de la pobreza que se produce en periodos de crecimiento la hace menos visible y no compensa el aumento de la pobreza que se produjo en los periodos recesivos. Todo ello no es consecuencia de la crisis sino del modelo social preexistente, que la crisis ha retroalimentado y fortalecido. Así, la fractura social hoy sigue ensanchándose no ya por los aspectos cuantitativos, sino por el efecto que supone la negación de algo que queremos dejar atrás. Ante periodos de recesión económica, la pobreza aumenta rápidamente; sin embargo, en fases de

¹Este concepto está supliendo progresivamente palabras como 'invalidez', 'minusvalía' o 'discapacidad'. Palabras cargadas de una connotación peyorativa sobre la valía o capacidad de seres humanos que son distintos, no inferiores.

crecimiento no desciende en la misma medida e, incluso, permanece estancada. Se trata de un comportamiento 'contracíclico' (FOESSA, 2016).

Causas y efectos de la desigualdad. Riesgos y oportunidades en una época de cambio

Para saber cómo hemos llegado hasta aquí se hace necesario indagar en las causas de la desigualdad, en sus dimensiones y en el papel que como profesionales estamos teniendo y podemos tener. Pero abordar las causas profundas de la desigualdad y sus efectos sería una tarea ingente por lo que sólo apuntaremos algunas ideas.

Por una parte, la desigualdad actual se explica a partir de los cambios históricos acaecidos desde la 'gran transformación' (Polanyi, 1944), esto es, a partir del proceso de mercantilización de prácticamente todos los ámbitos de la sociedad. Este proceso ha llevado a considerar los recursos naturales y el trabajo humano como mercancías y, en consecuencia, a concebir las relaciones mercantiles y la sociedad de mercado como algo natural e inherente a la vida humana. Por otro lado, y de forma más reciente, observamos la expansión de un sustrato ideológico, filosófico y antropológico que ha movido a la sociedad de mercado hacia una sociedad de competencia generalizada (Rosanvallon, 2012). Esta forma de sociedad supone la radicalización de un orden de mercado que implica tres desarrollos: fundamentar la sociedad en una filosofía y una antropología del riesgo y de la autonomía; erigir al consumidor en figura y medida del interés general; y hacer de la competencia la forma social que 'crea una verdadera relación entre los hombres'.

Como efecto más patente, se constata cada vez con más claridad y contundencia que, esta mercantilización y competitividad de la vida social, no sólo genera desigualdad y exclusión de los más vulnerables, sino que, además, es insostenible y compromete la satisfacción de las necesidades humanas de todos en beneficio de unos pocos. Se hace imprescindible, por tanto, un nuevo paradigma que permita sustituir este modelo de crecimiento ilimitado por uno de desarrollo humano sostenible donde prevalezca la calidad de vida universal (Alguacil, 2013). A este reto, es al que todos estamos llamados, también nosotros como ciudadanos y profesionales cristianos. Como seguidores de Jesús, sondeando los 'signos de los tiempos', por tanto, teniendo en cuenta las oportunidades y riesgos del momento presente, debemos encarnar estos desafíos.

Así pues, en este *impasse* histórico, se hace necesario, por una parte, repensar el modelo antropológico, que reconstruya la errónea percepción del hombre

moderno como sujeto racionalmente autosuficiente, prometeico², replegado en su individualismo y cerrado a la trascendencia (cf. EG 61, 67) por un modelo de hombre más honesto y honrado, donde las capacidades y los límites del ser humano sean condiciones de posibilidad para una vida aceptable y sana. Asimismo, para poder frenar los crecientes procesos de dualización social es preciso repensar un modelo de sociedad diferente. Que ponga en el centro a las personas y no al crecimiento económico por sí mismo, que se aleje de la tendencia a la 'privatización del vivir social' y apueste decididamente por el 'bien común'³.

Dimensiones de la desigualdad en las profesiones

Recapitulando lo expuesto, podemos decir que la desigualdad es un producto histórico originado por dinanismos o subsistemas económico-sociales, político-culturales y hasta antropológico-espirituales⁴. Es decir, por toda una compleja y secular serie de condicionamientos éticos, políticos y relacionales, materiales y simbólicos de los que, individual y colectivamente, hemos sido y somos capaces. De ahí la transversalidad de la desigualdad, su incidencia en lo estructural, ambiental y personal. Asimismo, ésta tiene también un carácter procesual y dinámico, por lo que la mejora o el empeoramiento de diversos factores posibilitan una sociedad más o menos igualitaria y cohesionada, con una mayor o menor capacidad de integración social. Sobre este contexto de desigualdad creciente, sobre sus problemáticas, es donde los profesionales cristianos estamos llamados, desde nuestra humildad y pequeñez, a incardinar nuestra identidad y misión; nuestro compromiso como discípulos y evangelizadores.

Sin embargo, para continuar desentrañando las peculiaridades y fuerza del sistema de desigualdad que nos ocupa, vamos a poner el foco en el papel del profesional. Teniendo en cuenta que los profesionales podemos padecer dicha inequidad pero también reproducirla, cada uno desde su especialidad, en el ámbito institucional y social donde realicemos trabajos y servicios. ¿Cómo lo vamos a hacer? Pues deteniéndonos en las dimensiones fundamentales que configuran los bienes internos y externos que toda profesión persigue. En definitiva, el valor que permitirá replantear y provocar en el 'ser' y 'hacer' del corazón personal y profesional una auténtica re-etización, re-politización y re-

² Este adjetivo corresponde al mito de Prometeo, quien según la mitología griega engañó y desafió a los dioses robándoles el fuego sagrado para darlo a los hombres.

³ De acuerdo con García Roca (2013: 167) la sociedad ha de nutrirse de otros criterios: 'la sostenibilidad como criterio económico, la gobernabilidad como criterio político y la dignidad como criterio cultural. En nombre de la sostenibilidad, se cuestiona el primado de lo económico; en nombre de la gobernabilidad, se cuestiona la centralidad del Estado-Nación, y en nombre de la dignidad se hace añicos la sociedad satisfecha e insolidaria'.

⁴ Aludimos con estos términos a las diferentes manifestaciones que revestiría lo cultural; términos por otra parte asumidos por el Proyecto Evangelizador del Movimiento.

espiritualización de las profesiones y sus desempeños en tanto realidades privilegiadas en lo que se refiere a humanizar y evangelizar el mundo (PX - Realidad y Proyecto, 2016). Por otra parte, desde el punto de vista práctico, detenernos en dichas dimensiones posibilitará:

- analizar la realidad profesional en la que nos movemos,
- poner el resultado de dicho análisis en relación con los dinanismos o subsistemas a los que, en y desde el diálogo fe-cultura, dirigimos nuestra tarea evangelizadora.

Desigualdad y bienes internos de la profesión: dimensiones ética, política y relacional

Como bien hemos aprendido en PX, los bienes internos son los fines esenciales que justifican la existencia de la profesión misma; las metas que le confieren sentido y la legitiman socialmente (PX - Realidad y Proyecto, 2016). Por eso debemos señalar que las profesiones fomentan el sistema de desigualdad cuando desvirtúan o tergiversan los bienes internos que les son propios. Dicho esto, de las dimensiones específicas en las que queremos detenernos para situar la relación entre bienes internos y sistema de desigualdad, respecto a la dimensión ética, interesa el servicio que la profesión presta a la sociedad. En la dimensión política, el modo en que aquella construye ciudadanía, y la dimensión relacional, la forma de vincularnos con los demás en el propio ejercicio profesional.

Sobre la **dimensión ética** cabe indicar que, como bien señala Hortal (1993), una profesión es la actividad caracterizada por la prestación de un servicio específico a la sociedad de forma institucionalizada. De este modo, no se tiene una profesión para sí mismo o para un núcleo cerrado de personas. Todo lo contrario, el servicio a los otros es parte de la fuente de sentido de las profesiones, es su bien interno por excelencia. En este sentido, Sennett (2000) nos recuerda que fue el filósofo renacentista Pico della Mirandola quien usó por primera vez la expresión *homo faber*, aludiendo al hombre como hacedor de sí mismo y de la historia. Y en la misma línea, Bauman reivindica la relación de interdependencia entre los seres humanos. Citando a Levinas, recuerda la pregunta enojada de Caín: '¿soy acaso el guardián de mi hermano?' (cf. Gn 4, 9). Y contesta con rotundidad: 'Por supuesto que soy el guardián de mi hermano, y soy y seguiré siendo una persona moral en tanto que no pido una razón especial para serlo. Lo admita o no, soy el guardián de mi hermano porque el bienestar de mi hermano depende de lo que yo haga o deje de hacer. Y soy una persona moral porque reconozco esa dependencia y acepto la responsabilidad que se desprende de ella' (Bauman 2001: 88).

La aceptación de la desigualdad extrema, el desconocimiento de la mutua relación de dependencia y las relaciones humanas basadas en la competencia, implican la renuncia a nuestra moralidad. La dependencia de mi hermano es lo que me convierte en un ser ético, parafrasea en otra parte el

sociólogo polaco. Por ello, las condiciones actuales de desigualdad son inmorales, especialmente teniendo en cuenta los recursos de los que dispone nuestra civilización. La desigualdad extrema fractura la condición humana y desgarrar la propia noción de humanidad. De ahí que una de las cuestiones que debemos enfrentar para reducir la-desigualdad, sea la de las relaciones de mercantilización y competencia generalizada en las que estamos inmersos y, por otra, las relaciones de amor al prójimo y de búsqueda de una competencia técnica al servicio a la sociedad.

La desigualdad se produce porque representa una humillación de ese ´otro` que también somos. ´Más que reconocer la presencia de la alteridad en nuestro interior, la llevamos fuera, creando, irresponsablemente, chivos expiatorios, estigmatizados, entre otros, rechazando la posibilidad de nuestro auto-reconocimiento como otros` (Beriaín, 2013). Con todo, el cuidado de este servicio al prójimo y la vivencia de la relación de interdependencia no se realizan necesariamente a través de actos excepcionales. Es en el ejercicio cotidiano de la profesión donde de manera prioritaria encarnamos la especificidad de nuestra misión. De ahí que la profesión sea la bisagra en la que se ponen en juego tanto lo personal como lo estructural (Bilbao, 2014).

Y es en esta cotidianidad donde estamos llamados a prestar un buen servicio. Como también nos recuerda Hortal, estamos llamados a buscar la excelencia profesional. Esto implica cuidar especialmente el desarrollo de dos hábitos: la ´competencia ética` y la ´competencia técnica` (Hortal, 1993). Sabemos que es necesario tener corazones compasivos, capaces de orientar el conocimiento y la voluntad profesional al servicio de los ´pobres`, el ´bien común`, el Reinado de Dios. Pues bien, a esto denominamos ´competencia ética`; una capacidad o pericia que por sí sola resulta insuficiente. De ahí la necesidad de cimentarla en el estudio y la formación permanente, es decir, en la ´competencia técnica` (PX - Documento de Identidad, 1999).

De igual manera no podemos separar la dimensión ética de la **dimensión política**. Esta última tiene que ver con la construcción de la ´ciudadanía`, con la contribución que nosotros hacemos desde el ejercicio de la propia profesión al ´bien común` y con el servicio que prestamos desde ellas a los más pobres, con la promoción de los derechos y valores democráticos y con la capacidad de influencia y poder desde la propia práctica profesional. Los profesionales tenemos posibilidades de influencia muy diversas: el periodista al escribir un artículo de opinión, el investigador experto en la forma de estudiar una materia determinada, el abogado que acelera o retrasa la firma de un documento, carta o convenio, etc. Los profesionales tomamos decisiones, día a día, que afectan a otros, muchos o pocos.

En relación a esta dimensión, hay que decir que existen dificultades respecto a la implicación en acciones que posibiliten el cambio estructural,

especialmente en contextos generadores de desigualdad y exclusión institucional. Aunque cueste, por el hecho de ser herederos de unas profesiones con 'vocación más de mantener que de transformar el status quo'. Orientadas más al 'servicio reproductor' de las opciones y los estilos de vida dominantes, que a su crítica y reconducción. Unas profesiones -en mucho- olvidadas del fin solidario-social para el que fueron creadas (PX - Realidad y Proyecto, 2016).

En continuidad con lo anterior, es engendradora de desigualdad la infravaloración que del trabajo profesional suele hacerse en tanto agente de cambio social. Decimos esto porque tradicionalmente el trabajo profesional ha sido considerado al margen del dinamismo histórico, colocándose la 'fuerza del cambio' en otros grupos y agentes sociales, aparentemente más dinámicos. Sin embargo, a pesar de que esta dificultad persista, creemos que en el actual contexto de 'generalizadas crisis', comenzamos a ser cada vez más conscientes del papel que como profesionales y expertos, podemos y debemos jugar cuando de introducir cambios estructurales, ambientales y sociales se trata. Papel que evidentemente ha de pasar por interactuar y cooperar con todas las demás 'fuerzas de buena voluntad' que hoy contribuyen a consolidar y desarrollar las cualidades de lo humano (cf. Compendio de Doctrina Social de la Iglesia 96, en PX - Realidad y Proyecto, 2016).

La dimensión política también está interconectada con el tipo de relaciones que mantenemos con las personas a las que atendemos o desatendemos, los usuarios/as, compañeros, subordinados, etc. Esta **dimensión relacional** es el subsuelo de nuestra práctica profesional. Subsuelo que silenciosamente incide en la desigualdad que día a día se fragua en nuestro entorno profesional. Pese a ser una dimensión es infravalorada cuando se buscan grandes transformadores que incidan sobre los cambios macro-estructurales, las relaciones que un individuo establece con su entorno más cercano, con el medio en el que habita o con el sistema político, administrativo y laboral de referencia, pueden contribuir a una mayor igualdad e inclusión social, o justo todo lo contrario⁵.

⁵En este sentido, Vidal (2011) señala que: 'La exclusión es un hecho estructural pero a la vez su arraigo pone de manifiesto que anida en los comportamientos más cotidianos y próximos a las relaciones interpersonales y al sentido que las personas otorgan a su vida y a la de los otros. Y es que la exclusión social es violación de la alteridad (del encuentro con el otro). En la exclusión se violenta la dignidad y singularidad del otro, no reconocemos al otro como persona con todos sus derechos y capacidades. Es un proceso estructural y personal: la exclusión sucede por un proceso de irresponsabilización respecto del otro. No es un proceso abstracto sino que la exclusión social siempre es, aunque muy mediada, exclusión de alguien contra alguien. La exclusión no va sumando privaciones sino que supone una vivencia compacta y honda para la persona y sus comunidades'.

En ocasiones, puede ser que obviemos la dimensión relacional por omisión, es decir, evitando relacionarme o dedicar tiempo a determinadas personas; huyendo del trabajo en equipo por la molestia e incomodidad que nos produce trabajar con otros; anteponiendo el esfuerzo y la búsqueda de la eficacia individual a la fecundidad de un trabajo con otros; estableciendo relaciones de interés profesional y utilidad personal. Todos los profesionales, desde las relaciones interpersonales que establecemos en nuestros entornos profesionales, generamos, día a día, acercamientos o distanciamientos que reducen o perpetúan la desigualdad.

También puede suceder que nos relacionemos con nuestros compañeros de forma diferente en función del puesto que desempeñan; con nuestros superiores, con nuestros iguales o con nuestros subordinados. Es posible que ante una situación de conflicto, nuestro posicionamiento sea diferente en función del "estatus" de la persona que tengamos delante.

Por otra parte, también se pueden producir dinámicas de relaciones complejas, en las que se puede excluir a personas, unas veces por realizar un trabajo de "mínimos", o por el contrario, otras veces por cuestionar una forma de trabajar "chapucera", pero políticamente correcta. Estas personas están marcadas con la etiqueta de su baja productividad o rendimiento profesional, o por el contrario, porque las vivimos como amenazas por cuestionar nuestra propia comodidad o nuestro "supuesto bien hacer". Quizás no conseguimos mirarlos desde la dignidad humana como hijos de Dios.

Con respecto a la relación con las personas que son destinatarias de nuestra práctica profesional (clientes, alumnos, pacientes, ciudadanos, usuarios...) , en especial en la que hay una atención personal directa puede darse una **falta de simetría (o igualdad) entre el profesional y aquel a quien atiende profesionalmente**. Efectivamente uno sabe y puede y el otro no sabe y necesita; el recurso al "consentimiento informado", es decir tratarle como persona capaz de entender lo que se va a hacer con él, las diferentes alternativas que presenta su caso y contar con su libre aceptación son formas de reequilibrar la falta de simetría. Eso y poner la propia competencia y posición al servicio del destinatario de los servicios profesionales es también la forma de reequilibrar la desigualdad del punto de partida. Eso tiene unas peculiaridades en unas profesiones y otras en otras, pero en todas cabe y merece ser cuidado.

Asimismo, existen profesiones minoritarias o desconocidas que tienen incidencia sobre pocas personas o a las que nadie escucha ni consulta, pero piensan en el poder del grupo y en la fuerza de la cooperación. Hortal (1993) indica que una de las características de estas profesiones pasa por la existencia de un colectivo (los colegas) que obtiene o trata de obtener el control monopólico sobre el ejercicio de su profesión. En esta dirección cabe reflexionar sobre nuestra relación con dichos colegas, nuestro sentido de

pertenencia y afección frente a ese conjunto de profesionales que dan forma a la profesión que ejercemos. Otra de las características que Hortal perfila acerca de las profesiones, es el acceso a ellas a través de 'un largo proceso de capacitación teórica y práctica, del cual depende la acreditación o licencia para su ejercicio'. Aquí, en lo concerniente a los saberes y conocimientos, encontramos desigualdad. La hiperespecialización de los saberes, la mecanización y tecnologización de los procedimientos y la transición de una sociedad del conocimiento a una economía del conocimiento, son cuestiones prioritarias que no debemos ignorar.

La desigualdad en el conocimiento está siendo cada vez más abismal. Con frecuencia se habla de obsolescencia de los saberes y de formación a lo largo de la vida. Algunos como Castells (2004) diferencian entre los trabajadores genéricos y los autoprogramables. Los primeros, señala, pueden ser sustituidos por máquinas, por otros trabajadores; mientras que los segundos tienen la capacidad de aprender constantemente las técnicas y los conocimientos que necesitan y aplicarlas a la gestión, a la información, a la producción en función del cambio del entorno tecnológico de la empresa, de lo que va pidiendo el mercado, etc. El abismo que separa a los primeros de los segundos se va haciendo insalvable.

Pero esa comprensión de lo que hacemos y la experticia con la que lo hacemos debe ir de la mano de los principios éticos. En el ámbito de la investigación científica, de los laboratorios de experimentación, etc. es asombroso encontrar la ausencia de respuestas ante las preguntas: '¿Esto para qué sirve y a quién sirve?'. Las preguntas, se contesta, no son esas. Las correctas, según afirman algunos, son: '¿Esto puede hacerse? ¿Somos capaces de hacerlo? ¿Podemos crear algo innovador? Luego ya veremos para qué sirve'. Este tipo de racionalidad instrumental aleja el saber humano del resto del mundo pues se produce un secuestro de las preguntas sobre el sentido atendiendo sólo a los medios e instrumentos. Necesitamos 'algo más que racionalidad instrumental y competencia técnica, necesitamos espiritualidad y sabiduría, propuestas de vida buena y feliz, un mundo como hogar' (García Roca, 2013: 47).

Desigualdad y bienes externos de la profesión: dimensiones material y simbólica

En estas dos dimensiones nos encontramos con la disparidad en el acceso a los bienes externos de los profesionales. Disparidad muchas veces condicionada por el tipo de conocimientos especializados que se requieren o por el ámbito donde se desarrolla la actividad profesional: privado industrial, autónomo, público, privado servicios, tercer sector,...

Respecto a la **dimensión material** o económica cabe recordar que es la más habitual cuando se habla de desigualdad, quizá por la propia visión

materialista de la vida, por resultar más tangible, pero también por la crudeza de la coexistencia entre el incremento del derroche de unos y las privaciones materiales severas de otros.

De todos es sabido que existen profesiones y profesionales con buenas retribuciones económicas y otros con escasos ingresos salariales. Hay profesiones que están muy reconocidas económicamente y que disponen de buenas condiciones laborales, pero que tienen poco valor para el acervo cultural y moral de una sociedad: analistas financieros que especulan en el mercado bursátil, periodistas que participan en las tertulias de la prensa rosa, consejeros de administración que quiebran entidades bancarias,... Igualmente, hay profesiones que son muy valiosas para una sociedad pero que tienen escasa remuneración material: maestras/os de guardería, cuidadoras/es de nuestros mayores y enfermos, artistas, filólogos, escritores, etc.

La **dimensión simbólica** tiene que ver con la valoración social, la identificación y el reconocimiento que tenemos y que se tiene de la misma; incluye la percepción subjetiva que al respecto tiene la opinión pública. Esta dimensión es tan importante, que es una de las principales identidades públicas que exponemos. Cuando nos presentamos públicamente decimos 'soy ingeniero', 'soy médico', etc. Cuando nos encontramos con ex compañeros de Instituto después de décadas, el primer rasgo que suele reconocerse se reduce a una sencilla fórmula: 'María es profesora', 'José es abogado', etc. Pareciese que la inmensidad del 'ser' quedase recogida en una actividad profesional. Es tan alto el grado de identificación que nuestra sociedad promueve por estas ocupaciones, que las personas desempleadas o que trabajan en una actividad distinta a la que se han formado, experimentan muchas veces frustración y desasosiego. Para los recién jubilados hay un enorme salto al vacío, ya que 'dejan de ser lo que eran'.

Además de la identidad, el estatus es un claro indicador de la dimensión simbólica. Por esto Bourdieu (1981) considera que la educación universitaria tiene dos funciones: mantener las relaciones de poder y privilegio entre la misma posición social, a la vez que tiende a transmitirse de una generación a otra (reproducción social); y transferir unos conocimientos dominantes entre la misma posición social (reproducción cultural). De este modo el capital simbólico, como el capital económico, se puede transferir, heredar o concentrar.

Otros analistas consideran que los sistemas de enseñanza actuales amplían las desigualdades más que reducirlas. Algunas investigaciones indican que sólo los países escandinavos logran emplear la educación universitaria para reducirlas (Therborn, 1995). Otros expertos consideran que los países occidentales han

creado algo que denominan 'sociedad credencialista'⁶(Collins, 1989). Al sobrevalorarse excesiva o exclusivamente los 'bienes externos' frente a los 'internos', es lógico que nos encontremos con prácticas profesionales cuya identidad y sentido original estén desfigurados. Con prácticas y culturas del trabajo, deshumanizadas y deshumanizadoras, donde el deseo por lograr una alta capacidad adquisitiva, el placer narcisista del prestigio profesional o el poder, ya son fines en sí mismos (PX - Realidad y Proyecto, 2016).

Somos parte de un sistema desigual y debemos desentrañarlo. Cosa que haremos si revisamos las claves internas de nuestra posición social. Quizás alguna vez hayamos podido pensar 'es que me lo merezco'. O hemos sentido que nuestros logros son el resultado de nuestro esfuerzo personal, exclusivamente: 'Con lo que me costó sacarme la carrera', 'con lo que me supuso hacer el Máster, especializarme o sacarme la oposición'. Sin duda hay mucho de esto, pero recordemos que los sistemas desiguales también tienden a justificar la desigualdad. ¿Hubiésemos conseguido los mismos logros si hubiésemos nacido en una aldea rural de Mozambique? ¿Gozaríamos de la misma posición si hubiésemos crecido en una familia desestructurada?

Los sistemas educativos y profesionales tienden a presentar como un mérito personal exclusivo lo que es derivado también de ciertos privilegios sociales; ahí radica la inmovilidad del sistema y la complicidad silenciosa de los profesionales, en que legitimamos y justificamos el sistema a partir la nuestra posición individual. No obstante, nosotros debemos diferenciar complicidad y responsabilidad. Ejercemos una complicidad de la que nos beneficiamos. Somos parte de una compleja red de producción, distribución y consumo y no debemos olvidarlo. Pero la complicidad puede llevarnos a la parálisis y a la culpabilidad. Por ello debemos pararnos a pensar en la responsabilidad que tenemos como profesionales. A reflexionar sobre la cadena de competencia y obligaciones en la que participamos. ¿A quiénes afectan las decisiones que tomo y el modo como las tomo?

Los sistemas desiguales suelen tener una alta complejidad, en especial en sus dimensiones simbólicas, éticas y políticas, no tenemos afinada la mirada para detectarlas. En esos sistemas ocurre algo como unas extensas 'cadenas de delegación', caracterizadas por una fuerte dominación y sumisión de los eslabones, pero con una estructura flexible y amorfa, sin un 'malvado capataz', como podría haber en las sociedades agrícolas. No obstante, al final

⁶Hace algunos años Collins acuñó esta expresión para denominar aquellas sociedades en las que se evalúa la capacidad de los individuos para llevar a cabo sus ocupaciones especializadas a partir de sus diplomas y títulos académicos. De esta forma, muchos profesionales gestionan su *Curriculum Vitae* como si se tratase de una marca empresarial que interactúa en un mercado cada vez más competitivo. Para Collins, el credencialismo fomenta la desigualdad, porque restringe el acceso a determinadas profesiones a un grupo específico y minoritario de la población. Además se trata de credenciales que se pagan muy caras y, de este modo, solo pueden acceder quienes disponen de los recursos materiales necesarios.

de la cadena hay otros a los que no vemos, por lo general con trabajos más rutinarios, peores contratos y salarios, y que sienten escasa valoración por su saber y ocupación.

Probablemente algunos de nosotros también nos encontremos en posiciones subordinadas y puede que padezcamos desigualdad. De eso también debemos ser conscientes y desentrañarlo. Sin embargo, los miedos que nos acosan a la mayoría cotidianamente tienen origen en la excesivamente escasa seguridad del bienestar; ellos, los pobres, están, por el contrario, demasiado seguros de su miseria. Si nosotros sufrimos es por la flexibilidad y la inestabilidad de nuestra subsistencia; pero la inestabilidad es lo último de lo que se quejarían las personas condenadas a una vida de pobreza` (Bauman, 2001).

Palabras finales

Puesto que convivimos con la citada alta complejidad y culturalmente insertos en los valores que denunciemos, en ocasiones podemos ser incoherentes y puede que tanto personal como profesionalmente hayamos podido sucumbir a la acción anestésica del bienestar, a la indiferencia generalizada, a las sacralizaciones del mercado, o a unas relaciones humanas egoicas. O por el contrario, nuestra dignidad haya comenzado a ser lastrada por sufrir alguna desigualdad. En uno u otro caso, reproduciéndola o padeciéndola, la desigualdad ya está desfigurándonos, carcomiéndonos.

Cierto es que mucho ha costado, ante el hecho innegable de nuestras diferencias, hallar los elementos que a todos -al menos en unos puntos- nos igualasen, que a todos nos hiciesen receptores de los mismos derechos. Pero cierto es también que el deslizamiento de la diferencia a la desigualdad vuelve a imponerse, como si los tiempos en que unos pensaban que tenían más dignidad y más derechos que otros no hubiesen desaparecido.

La desigualdad, reproducida o padecida, vuelve para interpelarnos acerca de nuestras prácticas, privadas y públicas. Vuelve para cuestionar el modelo social, cultural y espiritual que nos hemos dado. Vuelve, ineludible, para que la convirtamos en oportunidad de un diálogo capaz de resituarnos frente a la diferencia y la dignidad, lo bueno y lo justo. En definitiva, para que nos repongamos del abismo de la actual desigualdad.

Y frente a ella, cultura y fe hallan dos impulsos a los que atender: la justicia y la Misericordia. Ello como constatación de que la vida adulta, la humana y la creyente, necesita contar con otro componente además del de la justicia. Necesita de la Misericordia, del cuidado que anuda más allá, por encima de la equidad. Alcanzar la madurez capaz de desterrar todo mal quizá no

consista en llegar solo a ser justos, sino también en lograr responsabilizarnos cordialmente de aquellos que nos han sido encomendados.

Al fin y al cabo, no hay verdadera justicia sin Misericordia con los débiles, ni auténtica Misericordia sin una base de justicia (Cortina, 2007). Esa era la *praxis* de Jesús... frente a la desigualdad de la gente cansada y abatida como ovejas sin pastor, sintió compasión... (cf. Mt 9, 36).



BIBLIOGRAFÍA

- ALGUACIL, J. (2013): "En busca del paradigma perdido"; en *Revista Documentación Social*, nº 167.
- BAUMAN, Z., DONSKIS, L. (2015): *Ceguera moral*, Barcelona: Paidós.
- BAUMAN, Z. (2001): *La sociedad individualizada*, Cátedra: Madrid.
- BERIAIN, J. (2013). "[Encuentros con la alteridad e identidades múltiples](#)"; en *Revista Arbor*, Vol. 189-761, a038, mayo-junio 2013.
- BILBAO, G. (2014): *Ser profesional. Ser persona. Mejorar el mundo. ¿Cómo transformarse para transformar la realidad?*, Profesionales Cristianos y Centro Pignatelli: Zaragoza.
- BOURDIEU, P., PASSERON, J. C., MELENDRES, J., SUBIRATS, M. (1981): *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Laia: Barcelona.
- CASTELLS, M. (2004): *La era de la información: economía, sociedad y cultura* (Vol. 3), Siglo XXI: Madrid.
- COLLINS, R. (1989): *La sociedad credencialista: sociología histórica de la educación y de la estratificación*, Editorial Akal: Madrid.
- CORTINA, A. (2007): *Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*, Ediciones Nobel: Oviedo.
- GARCÍA ROCA, J. (2013): "Civilización de la sencillez en el cambio de época"; en *Revista Documentación Social*, nº 167.
- HORTAL, A. (1993): "Ética de las profesiones"; en *Revista Diálogo filosófico*: 205-22.
- LÓPEZ AZPITARTE, E. (2003): *Hacia una nueva visión de la ética cristiana*, Editorial SAL TERRAE: Santander.
- LORENZO, F. (Coord.) (2014): [VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España](#), Fundación FOESSA: Madrid.
- OXFAM INTERNACIONAL (2014): *Iguales: Acabemos con la desigualdad extrema. Es hora de cambiar las reglas*, Oxford: Reino Unido.
- POLANYI, K. (1944): *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, La Piqueta: Madrid.
- PROFESIONALES CRISTIANOS (2016): *Profesionales Cristianos, aproximación a su realidad estatal y proyecto*, documento inédito.
- PROFESIONALES CRISTIANOS (1999): [Documento de Identidad del Movimiento de Profesionales Cristianos](#).
- ROSANVALLON, Pierre (2012): *La sociedad de la competencia generalizada. La sociedad de los iguales*, RBA: Barcelona.

SENNETT, R. (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama: Barcelona.

THERBORN, G. (1995): *European Modernity and Beyond. The trajectory of European Societies 1945-2000*, SAGE Publications: London.

VIDAL, F. (2010): "[Vínculo y sentido contra la exclusión](#)"; en 1ª Jornada Técnica 10 propuestas para erradicar el sinhogarismo, Madrid.

ZUBERO, I. (2016): "De las prácticas sociales instituyentes a las institucionalización... ¿contrahegemónica?"; en [Análisis y Perspectivas 2016. Expulsión Social y Recuperación Económica](#), Fundación FOESSA: Madrid.



CUESTIONARIO:

PROFESIONALES ANTE LA DESIGUALDAD

1. ¿Qué tres rasgos socioculturales y antropológicos abordados en el documento consideras más presentes en tu ámbito profesional? ¿Cómo crees que afectan al ejercicio cotidiano de tu profesión?
2. ¿Está afectando la creciente desigualdad social a tu profesión. Señala algunas desigualdades que detectas y algunas que te afectan directamente a ti.
3. En tu vida profesional ¿en qué medida crees que tú y la entidad en la que trabajas estáis contribuyendo a generar/ mantener/ aminorar la desigualdad social? Trata de pensar en algún hecho o acción donde se den estas dinámicas.
4. ¿Crees que tus compañeros de trabajo y de profesión son conscientes del papel que los profesionales jugamos en la introducción de cambios estructurales, ambientales y sociales desde la vida profesional de cada día? ¿Qué consecuencias tiene esta percepción que tienen?
5. ¿Consideras que el excesivo interés por obtener unos bienes externos profesionales (dinero, poder y reconocimiento) está obstaculizando en los profesionales de tu sector, poder ser fieles a los fines para los que tu profesión fue creada (bienes internos)? ¿De qué manera afecta y qué consecuencias tiene?
6. ¿Cómo es tu relación con los compañeros, jefes, subordinados y destinatarios en tu trabajo? ¿Qué rasgos de desigualdad detectas en estas relaciones?
7. ¿Quiénes son los últimos en tu trabajo, los más débiles, los que más sufren? ¿Cómo te posicionas tú y la entidad en la que trabajas ante ellos? ¿Cómo crees que estás poniendo tus conocimientos, directa o indirectamente, al servicio de los más pobres?
8. El documento afirma que los profesionales formamos parte de un sistema de desigualdad. En este contexto y desde tu experiencia de fe ¿Hasta qué punto crees que en ti prima la justicia y hasta donde la Misericordia?

Madrid, a 19 de diciembre de 2016.
Comisión General de Profesionales Cristianos

⁷ Algunos de ellos son: mercantilización de la vida social, competencia generalizada, incertidumbre frente a un mundo en cambio, fortaleza de redes familiares y sociales, autosuficiencia que ignora los límites personales y se cierra a la Transcendencia, predominio de la razón instrumental frente a las preguntas sobre el sentido de la acción,...